

1

Confluencia de caminos

Se abrieron dos caminos en mi vida
—oí decir a un hombre sabio—;
opté por el que menos se transita,
y esa es mi diferencia a diario.

LARRY NORMAN (*con disculpas para Robert Frost*).

Marzo desató lluvias torrenciales tras un invierno anormalmente seco. Luego, desde Canadá descendió un frente frío, alimentado por fuertes vientos que llegaron desde el este de Oregón. Aunque era indudable que la primavera estaba a la vuelta de la esquina, el dios del invierno no quería renunciar sin pelear a sus dominios arduamente conquistados. Un manto de nieve cubría las cascadas y la lluvia se congelaba al tocar el suelo gélido del exterior de la casa, razón suficiente para que Mack se hubiera acurrucado con un libro y una bebida caliente, envuelto en el calor de una hoguera crepitante.

Por el contrario, pasó casi toda la mañana comunicándose desde su ordenador. Cómodamente sentado en el despacho de su casa, vestido con el pantalón del pijama y una camiseta, realizó sus llamadas comerciales, la mayoría a la Costa Este. Con frecuencia hacía pausas para escuchar tintinear la lluvia cris-

talina en su ventana y ver cómo la nieve se acumulaba de forma lenta y constante. Para su deleite, inevitablemente estaba a punto de quedarse atrapado en casa, prisionero del hielo.

Hay algo positivo en las tormentas que interrumpen la rutina diaria. La nieve o la lluvia de pronto te liberan de planes, de las exigencias del trabajo y de la tiranía de las citas y la agenda. Y a diferencia de la enfermedad, esta es una experiencia más colectiva que individual. Casi puede oírse el unánime suspiro de la ciudad cercana y del campo circundante, donde la naturaleza ha intervenido para dar respiro a los fatigados seres humanos que se afanan dentro de sus confines. Todos los afectados están unidos por una misma excusa y la mente se siente súbitamente confusa. No harán falta disculpas por no haber acudido a este o aquel compromiso. Todos entienden y comparten esta excusa, y el repentino alivio de la presión llena de dicha el corazón.

Claro que también es cierto que las tormentas interrumpen los negocios y, aunque unas cuantas compañías consiguen un extra, otras pierden dinero, lo que significa que hay a quienes no les hace gracia que todo cierre temporalmente. Pero no pueden culpar a nadie por sus pérdidas o por no llegar a tiempo a la oficina. Y aunque esto rara vez dura más de uno o dos días, cada individuo se siente de algún modo amo de su mundo por el simple hecho de que esas gotitas de agua se congelan al tocar el suelo. Incluso las actividades comunes se vuelven extraordinarias. Las decisiones rutinarias se convierten en una aventura y suelen experimentarse con una sensación de acentuada claridad.

Ya avanzada la tarde, Mack se abrigó y se dirigió al exterior para recorrer con gran esfuerzo el centenar de metros que separa la larga entrada de su casa del buzón. El hielo había transformado mágicamente esa tarea cotidiana en una lucha contra los elementos: su puño levantado en oposición a la fuerza bruta de la naturaleza y, a modo de desafío, el gesto de una carcajada en su cara. El hecho de que nadie lo per-

cibiera o se interesase importaba poco para él; la simple idea de aquel gesto le hizo sonreír por dentro.

Las bolitas de lluvia helada herían sus mejillas y sus manos mientras se abría paso por las leves marcas de la entrada del coche; parecía, supuso, un marinero borracho dirigiéndose al siguiente tugurio. Ante la fuerza de una tormenta de hielo no avanza precisamente con valentía y mostrando seguridad en ti mismo. Te golpeará una ráfaga violenta. Mack tuvo que detenerse en dos ocasiones, apoyándose bien en sus rodillas antes de poder abrazarse por fin al buzón, como si fuera un amigo perdido hace mucho tiempo.

Hizo una pausa para contemplar la belleza de un mundo sumergido en cristal. Todo reflejaba luz, y la luz contribuía a la intensa brillantez de las últimas horas de la tarde. Los árboles del jardín del vecino estaban cubiertos por un manto traslúcido, y cada cual parecía único, aunque uniformado en su presentación. Aquel era un mundo glorioso, y por un instante su reluciente esplendor casi logró apartar, aunque fuese apenas durante unos segundos, la GRAN TRISTEZA de los hombros de Mack.

Necesitó casi un minuto para desprender el hielo que ya sellaba la puerta del buzón. El premio a los esfuerzos de Mack fue un sobre que solo tenía su nombre propio mecanografiado en el exterior, sin sello, ni matasellos, ni dirección del remitente. Mack, lleno de curiosidad, arrancó con cierta dificultad una de las orillas del sobre, ya que sus dedos empezaban a entumecerse por el frío. Tras volver la espalda al fuerte viento, al fin logró sacar de su nido un pequeño papel sin doblar. El mensaje, mecanografiado, decía simplemente:

Mackenzie:

Ha pasado ya algún tiempo. Te he echado de menos. Estaré en la cabaña el próximo fin de semana, si quieres que nos reunamos.

PAPÁ

Mack se puso tenso, invadido por una náusea que rápidamente se transformó en enojo. Había decidido pensar en la cabaña lo menos posible y, cuando lo hacía, sus recuerdos no eran en absoluto agradables. Si esta era la idea que alguien tenía de una broma pesada, se había pasado de la raya. Y firmar «PAPÁ» lo hacía todo aún más horripilante.

«¡Idiota!», gruñó Mack, pensando en Tony, el cartero, un italiano muy amable, con gran corazón, pero poco tacto. ¿Por qué se había tomado la libertad de dejar ahí un sobre tan ridículo? Ni siquiera tenía sello. Molesto, Mack se guardó el sobre y la nota en el bolsillo del abrigo, y se dio la vuelta para emprender el camino de regreso a la casa. Las ráfagas de viento que inicialmente habían retardado su paso redujeron esta vez el tiempo necesario para atravesar el pequeño glaciar que había bajo sus pies.

Todo fue bien hasta que Mack llegó al lugar en el que la entrada se inclinaba un poco hacia abajo y a la izquierda. Sin esforzarse, empezó a adquirir velocidad y las suelas de sus zapatos se deslizaron como si fuera un pato en un lago congelado. Agitando absurdamente los brazos con la esperanza de mantener el equilibrio, Mack fue directo hacia el único árbol de gran tamaño que bordeaba la entrada, aquel cuyas ramas bajas él había cortado meses antes. Ahora el árbol parecía impaciente por abrazarlo, semidesnudo y aparentemente ansioso de un pequeño pero justo castigo. En una fracción de segundo, Mack optó por la cobardía e intentó desplomarse, permitiendo que sus pies resbalaran bajo su peso, que es lo que habrían querido hacer de todas formas. Más vale un trasero dolorido que terminar con la cara llena de astillas.

Pero la subida de adrenalina hizo que, a cámara lenta, sus pies se alzarán como si hubieran sido atrapados en una trampa en la selva. Se golpeó fuertemente en la parte de atrás de la cabeza y patinó hasta la base del árbol, que parecía erigirse sobre él con una mirada altiva que combinaba el asco y la decepción.

El mundo se apagó por un momento, o al menos eso le pareció. Ahí tendido, atontado y mirando al cielo, Mack entrecerró los ojos. De pronto todo pareció extrañamente cálido y pacífico, y su ira quedó durante un instante bloqueada por el impacto. «¿Quién es ahora el idiota?», susurró para sí con la esperanza de que nadie lo hubiera visto.

El frío atravesaba su abrigo y su jersey; supo que la lluvia glacial que se derretía en su cuerpo pronto sería una grave molestia. Quejándose y sintiéndose mucho más viejo de lo que era, se colocó sobre sus manos y sus rodillas. Vio entonces la marca roja de su caída, que recorría el trayecto desde el lugar del impacto hasta su destino final. Como si súbitamente fuera consciente de su lesión, un sordo golpeteo empezó a sonar en su nuca. De forma instintiva acercó la mano al origen de aquel latido y la retiró llena de sangre.

Mientras el hielo y los afilados guijarros herían sus manos y sus rodillas, Mack se arrastró, deslizándose, hasta una parte plana de la entrada. Con no poco esfuerzo, por fin pudo detenerse y avanzar con lentitud hacia la casa, humillado ante la fuerza del hielo y de la gravedad.

Una vez en el interior, se quitó como pudo sus varias capas de ropa, pues sus dedos semicongelados respondían casi con tanta destreza como si se tratara de enormes garrotes colocados en los extremos de sus brazos. Decidió dejar el amasijo salpicado de sangre justo donde se lo había quitado, en el vestíbulo, y fue lastimosamente al baño a examinar su herida. No había la menor duda de que la glacial entrada del coche había ganado la partida. El corte en la parte trasera de su cabeza supuraba en torno a algunas piedrecillas aún incrustadas en el cuero cabelludo. Como temía, se había formado ya una significativa hinchazón que emergía como una ballena jorobada saltando sobre las salvajes olas de su rala cabellera.

Mack descubrió que sería difícil curarse intentando ver la herida con un espejito que reflejaba una imagen inversa

del espejo del baño. Después de varios intentos, se rindió, sin lograr que sus manos siguieran la dirección correcta y sin saber cuál de los dos espejos le mentía. Tanteando con cuidado el aparatoso corte, logró quitar las piedrecillas de mayor tamaño, hasta que el dolor fue demasiado intenso para continuar. Cogió desinfectante del botiquín de primeros auxilios y taponó la herida lo mejor que pudo, colocando sobre ella una gasa que encontró en un cajón del baño. Al mirarse en el espejo, pensó que parecía uno de los rudos marineros de *Moby Dick*. Esto le causó risa y después un gesto de dolor.

Tendría que esperar a que Nan llegara a casa para recibir atención médica de verdad. Esa era una de las muchas ventajas de estar casado con una enfermera titulada. También se dio cuenta de que cuanto peor aspecto presentara la herida, más compasión despertaría. Tomó un par de analgésicos para calmar las punzadas de dolor y renqueó en dirección al vestíbulo.

No había olvidado la nota. Tras examinar la pila de ropa húmeda y ensangrentada, la encontró por fin en el bolsillo de su abrigo, le lanzó una mirada de desprecio y se metió en su despacho. Localizó el número de la oficina de correos y marcó. Como era de esperar, Annie, la venerable jefa de la oficina y guardiana de los secretos de todos, contestó el teléfono.

—Hola, ¿por casualidad está Tony?

—Ay, Mack, ¿eres tú?... Te he reconocido por la voz.

—Por supuesto que lo había hecho—.

Lo siento, pero aún no ha regresado. De hecho, acabo de hablar con él por radio y apenas ha cruzado Wildcat, así que aún tardará en llegar a tu casa. ¿Quieres que le diga que te llame o prefieres dejarle un recado?

—¡Ah!, hola. ¿Eres tú, Annie? —No pudo evitarlo, pese a que ese acento del Medio Oeste no dejaba lugar a dudas—. Perdón, me he distraído un momento: no he escuchado una sola palabra de lo que has dicho.

Annie se rió.

—Sé que lo has oído todo, Mack. No te quieras pasar de listo conmigo, ¿eh? No nació ayer, ¿sabes? ¿Qué quieres que le diga si regresa vivo?

—En realidad ya has respondido a mi pregunta.

Hubo una pausa en el otro extremo de la línea.

—No recuerdo que hayas preguntado nada. ¿Qué te pasa, Mack? ¿Sigues fumando demasiada hierba o solo lo haces los domingos por la mañana para soportar el sermón en la iglesia?

No pudo contener la risa, sorprendida por la audacia de su sentido del humor.

—Annie, sabes bien que no fumo hierba; nunca lo he hecho y nunca lo haré.

Por supuesto, Annie no sabía tal cosa, pero Mack no podía arriesgarse a que ella recordara de otra manera esa conversación uno o dos días después. No sería la primera vez que su sentido del humor distorsionaba una historia hasta convertirla en un *hecho*. Mack casi podía ver cómo añadían su nombre a la cadena de oraciones de la iglesia.

—Está bien, ya buscaré a Tony en otra ocasión, no es nada importante.

—Bueno, pero quédate en casa, en lugar seguro. ¿No sabes que un viejo como tú puede perder el equilibrio? No me gustaría nada que resbalaras y lastimaras tu orgullo. Tal como está la cosa, puede que Tony ni siquiera pueda llegar a tu casa. Nosotros podemos contra la nieve, el aguanieve y la oscuridad de la noche, pero esta lluvia congelada es todo un reto, la verdad.

—Gracias, Annie. Trataré de recordar tu consejo. Luego te llamo. Adiós.

La cabeza de Mack latía ahora más que antes, como golpes de martillo que aporrearan al ritmo de su corazón. «¡Qué raro! —pensó—, ¿quién se habrá atrevido a meter algo así en nuestro buzón?». Aunque los analgésicos aún no habían

hecho todo su efecto, estaban lo bastante presentes como para limar la preocupación que empezaba a sentir, y de repente se sintió muy cansado. Tras dejar caer la cabeza en el escritorio, pensó que acababa de dormirse cuando el teléfono lo despertó:

—Eh... ¿Diga?

—Hola, amor. ¿Estabas durmiendo?

Era Nan, al parecer extrañamente animada, aunque él creyó oír en su voz la tristeza que, agazapada, acechaba en todas sus conversaciones. Mack encendió la lámpara del escritorio y miró el reloj, asombrándose por haber estado fuera de circulación durante un par de horas.

—Ah, perdón. Creo que me he dormido un rato.

—Pareces un poco atontado. ¿Va todo bien?

—Sí.

Aunque ya casi había oscurecido, Mack se percató de que la tormenta no cesaba. Las ramas de los árboles estaban vencidas, y pensó que algunas acabarían rompiéndose por el peso, sobre todo si el viento arreciaba.

—Tuve un accidente en la entrada cuando fui a buscar el correo, pero aparte de eso, todo está bien. ¿Dónde estás?

—Todavía en casa de Arlene —Arlene era la hermana de Nan que vivía al otro lado del río, en Washington—. Creo que los chicos y yo pasaremos la noche aquí. A Kate siempre le sienta bien estar con la familia..., parece que consigue un poco de equilibrio. De todas formas, todo está demasiado resbaladizo para salir. Ojalá pare mañana. Debí irme a casa antes de que el tiempo se pusiera tan mal, pero bueno... —hizo una pausa—. ¿Cómo está por allí?

—Absoluta e increíblemente precioso, aunque, créeme, siempre vale más ver llover que mojarse. Así que prefiero que no vengas en medio de este caos. Creo que ni siquiera Tony podrá traernos el correo.

—¿No me dijiste que ya habías recogido las cartas? —inquirió ella.

—No, no recogí ninguna. Pensé que Tony ya había venido y salí a por ellas. Pero —Mack vaciló, mirando la nota sobre el escritorio— no había nada. Llamé a Annie y me dijo que Tony tal vez no podría subir la colina, y no voy a volver a salir para ver si lo hizo. Pero, bueno —cambió rápidamente de tema para evitar más preguntas—, ¿cómo está Kate?

Hubo una pausa y luego un largo suspiro. Cuando Nan habló, su voz se redujo a un murmullo y Mack habría podido asegurar que se había tapado la boca.

—Ojalá lo supiera, Mack. Hablar con Kate es como hablar con una piedra; haga lo que haga, no puedo entenderme con ella. Cuando estamos con la familia parece salir un poco de su caparazón, pero luego se mete en él otra vez. Ya no sé qué hacer. Por más que le pido a Papá que nos ayude a encontrar una forma de comunicarnos con ella —hizo una pausa de nuevo—, parece que él no me escucha.

Ahí estaba. «Papá» era el nombre favorito de Nan para nombrar a Dios. Así expresaba la íntima relación que tenía con él.

—Cariño, estoy seguro de que Dios sabe lo que hace. Todo saldrá bien.

Estas palabras no le dieron consuelo ni a él mismo, pero esperaba que aliviaran la preocupación en la voz de su mujer.

—Ya lo sé —suspiró Nan—. Pero quisiera que se diera prisa.

—Yo también —fue lo único que se le ocurrió decir a Mack—. Bueno, cuidaos; saluda a Arlene y a Jimmy, y dales las gracias de mi parte. Nos vemos mañana.

—Está bien, cariño. Voy a ayudar: todos están buscando velas por si se va la luz. Tú deberías hacer lo mismo. Hay unas encima de la pila del sótano, y hay un poco de pasta rellena en la nevera que puedes poner a calentar. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí, lo único que no está bien es mi orgullo.

—Bueno, tómatelo con calma. Espero que nos veamos por la mañana.

—Muy bien, cariño. Cuídate y llámame si necesitas algo. Adiós.

«Ha sido una tontería haber dicho eso», pensó mientras colgaba el teléfono. Una tontería propia de un hombre, como si él pudiera ayudarles si necesitaban algo...

Mack se quedó sentado, mirando fijamente la nota. Era desconcertante y doloroso tratar de poner orden en la turbulenta sucesión de emociones e imágenes que nublaban su mente, un millón de ideas que viajaban a un millón de kilómetros por hora. Al fin se dio por vencido, dobló la nota, la puso en una cajita de hojalata que guardaba en su escritorio y apagó la luz.

Encontró algo que calentar en el microondas, y luego cogió un par de mantas y almohadas y se dirigió al salón. Echó un vistazo al reloj y vio que acababa de empezar el programa de Bill Moyer, uno de sus favoritos. Intentaba no perderse nunca porque Moyer era una de las pocas personas a las que le habría gustado conocer: un hombre honesto y brillante que se solidarizaba con el sufrimiento de la gente y defendía siempre la verdad. Uno de los reportajes de esa noche tenía que ver con el petrolero *Boone Pickens*, que había comenzado a perforar pozos en busca de agua, nada menos.

Casi sin pensarlo, y sin apartar los ojos de la televisión, Mack se estiró hasta la mesita, cogió un marco con la fotografía de una niña y lo apretó contra su pecho. Con la otra mano subió las mantas hasta la barbilla y se acurrucó en el sofá.

Pronto empezaron a sonar unos suaves ronquidos, mientras la televisión mostraba a un joven estudiante de Zimbabue que estaba siendo golpeado por protestar contra el Gobierno. Mack ya se había ido a lidiar con sus sueños. Tal vez esta noche no habría pesadillas, quizá solo visiones de hielo, árboles y desafío a la gravedad.